

CANTAR UNA MISSA: GUÍA TEOLÓGICA PARA MÚSICOS

SINGING A MASS: A THEOLOGICAL GUIDE FOR MUSICIANS

*Mg. Camilo Gouet Viveros
Institut Catholique de Paris
Francia**

Resumen

Este artículo busca reintegrar la dimensión teológica en las musicalizaciones de la misa, a fin de ayudar a los músicos a interpretarlas de manera más fiel al contexto que les vio nacer: la celebración litúrgica del misterio pascual. Estas obras corresponden a un modo de celebrar ciertos ritos de la liturgia, y su fin principal es la gloria de Dios y la santificación de los fieles. El artículo repasa entonces los fundamentos doctrinales que sustentan estas obras, y las resitúa en el contexto litúrgico que les es propio.

Palabras clave: Misa; liturgia; música litúrgica.

Abstract

This article seeks to reintegrate the theological dimension into the musicalizations of the mass, in order to help musicians interpret them more faithfully to the context in which they were born: the liturgical celebration of the paschal mystery. These works correspond to a way of celebrating certain rites of the liturgy, and their main purpose is the glory of God and the sanctification of the faithful. The article then reviews the doctrinal foundations that support these works, and places them in their proper liturgical context.

Keywords: Mass; liturgy; liturgical music.

Introducción

Nos hemos acostumbrado a escuchar musicalizaciones de la misa en conciertos y grabaciones: misas de Palestrina, Mozart, etc. A tal punto, que es fácil olvidar que se trataba de cantos que pertenecían a una celebración litúrgica. Sumado a ello, la constante secularización de nuestra sociedad y una cierta decadencia cultural tienden a oscurecer las nociones básicas del cristianismo que fundaban y sostenían estas grandes obras musicales. Así, hoy nos es difícil pensar que, obras como la *Misa de coronación*, K. 317, de Mozart, no fueron concebidas para nuestro deleite en una sala de conciertos, sino para el culto público a Dios celebrado en la Iglesia.

Este breve escrito busca introducir al lector a la música sacra, reintegrando la dimensión teológica en la interpretación de las musicalizaciones de la misa. Se cree firmemente que, si se ignora la naturaleza profundamente católica y litúrgica de estas obras, se les despoja de lo más esencial, del alma que las anima, y en consecuencia, se les empobrece o se les malinterpreta. Esto se agrava al tomar en cuenta que la mayoría de estos compositores eran profundamente católicos y que la liturgia les era un lenguaje familiar, por ende, todas sus decisiones musicales respondían a motivos más

* Recibido el 06/01/2025 y aceptado el 14/07/2025. Correo electrónico: camilo.gouetviveros@campusicp.fr
ORCID: 0009-0006-3643-9148

bien religiosos que prácticos o netamente artísticos. A fin de recuperar este desvanecido motor vital, estimamos necesario repasar los fundamentos doctrinales que sustentan estas obras, y resituirlas en el contexto que les es propio y las vio nacer: la celebración litúrgica. Para ello, tomaremos como fuentes la Biblia y la enseñanza de la Iglesia Católica, transmitida por la Tradición y el Magisterio¹.

Este trabajo se dirige principalmente a intérpretes y se articula en forma de *guía*: una “guía teológica para músicos”. Ello implica que el lenguaje intentará ser sencillo y tendrá el carácter de una introducción; lo cual no permite profundizar, pero sí abarcar muchos temas. El propósito es permitirle al músico introducirse en la dimensión teológica de la música sacra, para así poder abordarla de manera más fiel a su fin principal y al espíritu que la anima. La guía inicia presentando brevemente algunos fundamentos de la fe cristiana: la Encarnación, la Trinidad, y el misterio pascual. Luego, comprende los fundamentos de la liturgia: qué es, cómo se estructura y cuál es el rol de la música en ella. Finalmente, se trabajan los diferentes cantos que componen una misa, analizando sus textos y cómo se insertan en la acción litúrgica.

Tres precisiones metodológicas. Primero, para efectos meramente prácticos, se utilizará la voz latina *Missa* para designar la unidad de piezas musicales que se emplean en los textos del Ordinario de la misa; así, cada vez que se mencione la *Missa*, el lector sabrá que se refiere a la musicalización de la misa y no a la celebración litúrgica como tal. Segundo, existe una continuidad perenne en la doctrina de la Iglesia, desde los primeros siglos hasta el día de hoy; gracias a ello, es posible citar, a grandes rasgos y sin grandes problemas hermenéuticos, documentos del siglo XX para hablar de siglos anteriores; pues los fundamentos que la Iglesia transmite no cambian con el tiempo, sino que sólo se profundizan y precisan. Tercero, el repertorio que contempla este escrito precede las reformas litúrgicas realizadas tras el Concilio Vaticano II (1962-1965), las cuales significaron una apertura más explícita a la encarnación del evangelio en cada cultura; ello implicó que la música litúrgica asumiera elementos locales para lograr una mayor participación de la asamblea en la celebración.

1. Fundamentos del cristianismo

Para abordar una *Missa*, lo primero que se debe tomar en cuenta es su naturaleza cristiana: la *Missa* es una obra cuya única fuente es la verdad divina revelada por Jesucristo y celebrada por la Iglesia Católica. Reconocer esto es fundamental. ¿Por qué? Contemplar la identidad católica de la *Missa*, permite entrar en el motor vital que sustenta cada uno de sus elementos, a saber: el misterio pascual. De esta manera se descartan interpretaciones erróneas que desfiguran su sentido original. En efecto, cuando en la *Missa* se canta la palabra “Dios”, ésta no se refiere al mayor ser entre los seres, o a una divinidad vaga y distante, sino al mismo *Ser subsistente*, al Dios-Trinidad revelado por Cristo, que en su naturaleza íntima “es Amor” (1 Juan 4,8). Esto impregna profundamente la actitud que se debe asumir al cantar los diferentes momentos de la *Missa*, pues cada canto refleja un aspecto de la fe de la Iglesia y forma parte constitutiva de lo más sagrado para un católico: el Sacrificio Eucarístico celebrado en la liturgia, “fuente y cumbre de toda la vida cristiana”².

Dicho esto, frente a tantos prejuicios e incomprensiones que se propagan en el mundo musical respecto a lo que *realmente* enseña la Iglesia, es necesario evocar ciertos

¹ Sagrada Biblia (2016). Pamplona: Eunsá. Para las referencias bíblicas utilizaremos la abreviación y orden tradicional de cada libro que compone la Sagrada Escritura: libro, capítulo y versículo. Por ejemplo, 1ª carta de San Juan, capítulo 4, versículo 8: 1 Juan 4,8.

² Constitución dogmática *Lumen gentium* (1964), n. 11.

fundamentos objetivos de la religión cristiana a partir de documentos magisteriales focalizándose en aquellos que atañen directamente al universo musical.

1.1. Jesús es el Señor

Como insistía constantemente Benedicto XVI, el cristianismo no es una filosofía ni una moral, sino el encuentro con una persona, Jesucristo. El cristianismo nace del encuentro con Jesús de Nazaret, un judío del siglo I que, tras predicar y obrar milagros, fue condenado a morir en la cruz; pero tres días después de su muerte, resucitó y se apareció vivo a sus discípulos, como lo había anunciado. Con su resurrección, se vieron definitivamente confirmadas sus obras y palabras y sus discípulos lo reconocieron como el *Cristo*³, el Mesías esperado durante siglos por el pueblo de Israel. Comienza así a propagarse la *buena noticia*⁴ por “todas las naciones” (Marcos 15,15), hasta el día de hoy.

Pero, ¿quién es Jesús de Nazaret? “Jesús es el Señor” (Romanos 10,9). La Iglesia siempre ha reconocido que Jesús es el *Verbo encarnado* (Juan 1,14). ¿Qué quiere decir esto? Que Dios, aquel que trasciende toda su creación, se hizo uno de nosotros, una creatura. Dios asume la naturaleza humana hasta sus últimas consecuencias: el sufrimiento y la muerte en la cruz (Filipenses 2,5-8). Pero, al hacerlo, no deja de ser Dios. Así, en la persona de Jesucristo encontramos tanto la naturaleza divina como la naturaleza humana, “sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación”⁵. Cristo es verdadero hombre y verdadero Dios. Y esta afirmación radical, *Jesús es Dios*, es clave para entender la música litúrgica, pues dirigirse a Cristo implica dirigirse a una Persona divina y no a un simple profeta o a un maestro espiritual.

1.2. Dios es uno y trino

Por sus obras y palabras, Cristo nos revela la naturaleza íntima de Dios. A través de la razón, el hombre puede llegar a conocer con certeza que *existe* un Dios único, “principio y fin de todas las cosas”⁶, pero no la *esencia* de Dios. Para ello fue necesario que Dios mismo la revelase a los hombres. Es así que por Cristo conocemos que Dios es *uno y trino*. Es un solo Dios en tres Personas divinas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. No hay tres dioses, ni tres maneras de ser de Dios, sino tres Personas divinas realmente distintas entre sí que comparten una misma esencia. Y lo que constituye la unión íntima entre las Personas divinas al interior de la Trinidad es el amor, por lo que Trinidad y amor se identifican. “Dios es Amor” (1 Juan 4,8.16) en su esencia misma.

En un acto de amor por los hombres, la segunda Persona de la Trinidad, el Hijo, asume una naturaleza humana tras el libre “sí” de la Virgen María (Lucas 1,38). Es así que el Hijo, el Verbo encarnado en Jesucristo, revela al Padre -“el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14,8) - y tras su resurrección envía al Espíritu Santo (Juan 20,22; Hebreos 2,1-13) para que guíe y santifique a sus discípulos en la verdad, uniéndolos en un solo Cuerpo, la Iglesia.

“El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es el misterio de Dios en sí mismo. Es, pues, la fuente de todos los otros misterios de la fe: es la luz que los ilumina”⁷. Toda la vida cristiana está impregnada de

³ “Cristo” (del griego *Kristós*) significa “el consagrado con unción”, “el ungido”, es decir, el “Mesías” (del hebreo *Mashíaj*).

⁴ “Evangelio” (del griego *euangelion*) significa literalmente “buena noticia”.

⁵ Concilio de Calcedonia (451). Definición Dogmática. Denzinger-Schönmetzer: DS 302.

⁶ Concilio Vaticano I (1870). Constitución dogmática *Dei Filius*, c. 2.

⁷ Catecismo de la Iglesia Católica (1992), n. 234.

este misterio, pues la Trinidad habita en el alma del justo (Juan 14,23), y toda ella se orienta *al* Padre, *por* el Hijo, *en* el Espíritu. Para los fines musicales, el misterio de la Trinidad no sólo vuelve inteligibles piezas como el *Gloria*, el *Credo* y el *Sanctus*, que contienen referencias directas a la Trinidad, sino que permite entender la dinámica interna de la *Missa*: todo canto litúrgico está dirigido al Padre, por medio del Hijo (1 Timoteo 2,5) y es inspirado y conducido por el Espíritu Santo (Romanos 8,15).

1.3. El fin último del hombre

Durante su vida terrena, Jesucristo funda la Iglesia, y por ella inaugura en la tierra el Reino de Dios, al cual están llamados todos los hombres. Es así que el fin último del hombre es la comunión con Dios: “nos hiciste para Ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti”⁸. La beatitud perfecta del hombre, donde se realizan sus aspiraciones más profundas, es el encuentro pleno y definitivo con su Creador: es participar “de la naturaleza divina” (2 Pedro 1,4). Pero esta bienaventuranza es un *don* gratuito y sobrenatural de Dios, que supera las fuerzas naturales del hombre.

En la Iglesia se anticipa el Reino de Dios definitivo y se dan los medios para llegar a él: la celebración de la liturgia y de los sacramentos, los actos de servicio y de caridad, etc. Y ello sólo es posible, porque Cristo asoció a su Iglesia en la continuación de su *misterio pascual*. ¿Qué es el misterio pascual? Es el acontecimiento por el cual Cristo realiza la obra de salvación del mundo. ¿Salvación de qué? De la precariedad existencial del hombre, que estaba debilitado por el pecado⁹. El hombre, incapaz de liberarse por sí solo de esta condición caída, necesita del auxilio divino. Es así como, a través del misterio pascual¹⁰, el Verbo encarnado reconcilia a los hombres con Dios (1 Juan 4,14), nos revela el amor de Dios (Juan 3,16), se erige como modelo de santidad (Juan 15,12) y nos hace partícipes de la naturaleza divina (Mateo 26,26). El hombre puede alcanzar entonces la bienaventuranza al seguir su llamado a la santidad, que no es otra cosa que *conformarse* a Cristo. El misterio pascual inaugura el Reino de Dios en el mundo, pero su consumación definitiva no se realizará sino hasta el fin de los tiempos, con la Segunda Venida de Cristo, a partir de la cual se impartirá la Justicia que tanto clama el hombre. La espera de este acontecimiento funda toda la esperanza cristiana.

El misterio pascual está en el centro de la fe cristiana y es el motor de la liturgia, por ende, lo es también de la música litúrgica. Todas las acciones de la Iglesia tienen como fin último la salvación de las almas, lo que se aplica de manera especial en los textos litúrgicos. Así, toda palabra en la liturgia tiene como fin el culto público a Dios y la santificación de los fieles, en especial aquellas que pueden ser cantadas. La misión de la música es ante todo la de ayudar a los fieles a asociarse plenamente en el misterio pascual que se celebra en la liturgia. En definitiva, la música litúrgica no es otra cosa que un medio de santificación, una ayuda *cristoconformante* para lograr la bienaventuranza: la unión con Dios.

⁸ San Agustín (2010). *Confesiones*, Madrid: Gredos, p. 116

⁹ “El pecado es una falta contra la razón, la verdad, la conciencia recta; es faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo, a causa de un apego perverso a ciertos bienes. Hierde la naturaleza del hombre y atenta contra la solidaridad humana” CCE (1992) n. 1849).

¹⁰ El misterio pascual comprende la última cena de Cristo con sus discípulos, su Pasión, su muerte en la Cruz, su Resurrección, su Ascensión y el envío del Espíritu Santo a su Iglesia.

1.4. La fe

Un último punto es el tema de la fe, el cual nos permite entender la naturaleza de aquello que funda y sustenta una *Missa*. ¿Qué es la fe? “La fe es ante todo una *adhesión personal del hombre a Dios*; es al mismo tiempo e inseparablemente *el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado*”¹¹. Pero esta respuesta del hombre a la revelación divina no es producto del esfuerzo racional, sino un *don* gratuito de Dios. En otras palabras, no se cree en la verdad revelada por un argumento o una prueba científica, sino por una virtud sobrenatural infundida directamente por Dios en el alma.

Las verdades de fe atañen nuestra salvación, ya que nos indican cómo llegar a nuestro fin último. Y aunque el hombre no podía haberlas conocido por sus propias fuerzas sino por una revelación divina, ellas no van *contra* la razón, sino que la presuponen y la elevan. La fe *purifica* la razón, liberándola de toda presunción y la *estimula* a ir más allá, abriéndola al misterio y a la radicalidad del ser. Pero la fe va siempre ligada a la esperanza y al amor (1 Corintios 13,13), también infundidas por Dios en el hombre. Estas tres virtudes, llamadas *teologales*, “disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Tienen como origen, motivo y objeto a Dios Uno y Trino”¹².

La música litúrgica está impregnada de estas tres virtudes. Toda nota y ritmo escogido por el compositor es una respuesta de fe, esperanza y amor al amor de Dios. Una obra sacra “no llevará en su belleza el reflejo interior de la claridad de la gracia”¹³, si no desborda de un corazón poseído por la gracia”¹⁴.

Aunando todo lo anterior, podemos decir que toda música sacra es una expresión de fe, esperanza y amor que, poniendo a Cristo en el centro, ayuda al hombre a acercarse a su fin último: entrar en comunión con Dios-Trinidad. La música litúrgica es entonces *cristoconformante*, pues dispone al fiel a asociarse plenamente al misterio pascual que se celebra en la liturgia. Es un medio eficaz para el encuentro con Cristo. Y esto se aplica a todas las épocas, ya sea Machaut o Bruckner. Con esto en mente, ahora es posible abordar los fundamentos de la liturgia, para luego analizar cada uno de los cantos que la componen.

2. Fundamentos de la liturgia

Luego de evocar ciertos fundamentos de la fe cristiana, como la Encarnación, la Trinidad y el misterio pascual, nos adentramos en la liturgia, lugar de encuentro entre Dios y su Iglesia. ¿Por qué nos interesa tratar este tema? Porque la *Missa* es parte *constitutiva* de la liturgia. La celebración litúrgica no es sólo el contexto, el medio, en el que se inserta una *Missa*, sino que los cantos *son* un modo de celebrar la liturgia. Así, sin referencia a la liturgia, la *Missa* deviene simplemente ininteligible. Es por ello que se abordarán tres elementos a considerar, primero, en qué consiste la liturgia y cuál es su dinámica interna; luego, acerca del rol de la música litúrgica y finalmente, sobre la estructura de la celebración de la misa.

¹¹ Catecismo de la Iglesia Católica (1992). n. 150

¹² Catecismo de la Iglesia Católica (1992) n. 1812

¹³ “Gracia” es la vida divina gratuitamente comunicada a los hombres por Dios.

¹⁴ Maritain, Jacques (1945). *Arte y escolástica*. Buenos Aires: Espiga de oro, p. 90.

2.1. ¿Qué es la liturgia?

“La liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza”¹⁵. La liturgia consiste en la celebración del misterio pascual, es decir, en la continuación de la obra salvífica del Verbo encarnado. “Por la liturgia, Cristo, nuestro Redentor y Sumo Sacerdote, continúa en su Iglesia, con ella y por ella, la obra de nuestra redención”¹⁶. Como se menciona, el misterio pascual es el motor de toda la liturgia, el cual comprende la Muerte, Resurrección y Glorificación de Cristo. El Pueblo de Dios¹⁷ participa de esta obra de salvación a través de la celebración litúrgica, la cual tiene como finalidad principal la gloria de Dios y la santificación del mundo.

Pero, ¿cómo es posible que la Iglesia pueda continuar esta obra de Cristo?

Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, «ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz», sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos». Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por Él tributa culto al Padre Eterno¹⁸.

Gracias a esta presencia multiforme de Cristo, la liturgia es entonces “el «lugar» privilegiado del encuentro de los cristianos con Dios y con quien Él envió, Jesucristo”¹⁹. Ello implica que la liturgia es ante todo *acción de Dios*. “La verdadera «acción» de la liturgia, en la que todos nosotros hemos de tener parte, es la acción de Dios mismo. Ésta es la novedad y la singularidad de la liturgia cristiana: Dios mismo es el que actúa y el que hace lo esencial”²⁰. No se trata, por tanto, de la acción de los fieles reunidos en un mismo lugar, sino de la acción de Dios que se realiza y comunica *en y con* el Pueblo de Dios. Así, en la liturgia, la Iglesia *participa* de la obra salvífica de Dios que se despliega en la celebración; y al hacerlo da el culto público debido a Dios, glorificándolo y toma parte en la santificación del mundo entero, *cristoconformándose* en su plegaria.

Existen distintos tipos de liturgia: Solemne, de la Palabra, Oficio divino, etc. La misa es aquella donde se celebra el Sacrificio Eucarístico. Y si bien otros tipos de liturgia también utilizan música, como el Oficio divino²¹, el principal es la misa. El término “misa” proviene de la expresión “*Ite, missa est*” (“Vayan, es el envío”), con la cual se despedía a la asamblea al terminar la celebración litúrgica. “*Missa*” es el pretérito perfecto, voz pasiva, del verbo latino *mittere*, “enviar”. Esta despedida abarcaba una

¹⁵ Concilio Vaticano II (1963). Constitución sobre la Sagrada Liturgia. *Sacrosanctum Concilium* (SC), n. 10.

¹⁶ Catecismo de la Iglesia Católica (1992). n. 1069

¹⁷ “Pueblo de Dios” es una imagen magisterial para referirse a la Iglesia, en cuanto comprende a todos los bautizados: clero, consagrados y laicos Concilio Vaticano II (1964). Constitución dogmática..., n. 9.

¹⁸ Concilio Vaticano II (1963). Constitución sobre la Sagrada..., n. 7

¹⁹ Juan-Pablo II (1988). Carta apostólica *Vicesimus quintus annus*, n. 7.

²⁰ Ratzinger (2000). **El espíritu de la liturgia: Una introducción**. Madrid: Ediciones Cristiandad, p. 197.

²¹ Piénsese en obras como *Vespro della Beata Vergine* de Claudio Monteverdi (1610), pensada para celebrar el Oficio de Vísperas o las *Leçons de ténèbres*. de François Couperin (1714), pensadas para el Oficio de tinieblas en Semana Santa.

bendición final y debe entenderse en ese sentido. Ya desde el siglo IV, “se acostumbró a llamar *missa* a la totalidad de cada función religiosa que terminaba con una bendición”²². De este modo, puesto que el corazón de la misa es el Sacrificio Eucarístico, se llama “misa” también al sacramento de la Eucaristía, “porque la liturgia en la que se realiza el misterio de salvación (el Sacrificio Eucarístico) se termina con el envío de los fieles (*missio*) a fin de que cumplan la voluntad de Dios en su vida cotidiana”²³.

2.2. ¿Cuál es el rol de la música en la liturgia?

El Papa Pío X escribió que, “como parte necesaria de la liturgia solemne, la música sagrada tiende a su mismo fin, el cual consiste en la gloria de Dios y la santificación y edificación de los fieles”²⁴. La música no es entonces un simple adorno agregado a la liturgia solemne²⁵, sino una parte *constitutiva*. Se trata de un *modo* de celebrar ciertos ritos. Como se dice coloquialmente, no se trata de “cantar en misa”, sino de “cantar la misa”. La misión de la música es hacer entrar a los fieles más profundamente en el misterio de Dios; es ayudar al Pueblo de Dios a participar en la acción de Dios que se realiza y comunica en la celebración litúrgica.

¿Y, concretamente, de qué manera ayuda la música?

(Por la música sacra) la oración adopta una expresión más penetrante; el misterio de la sagrada liturgia y su carácter jerárquico y comunitario se manifiesta más claramente; mediante la unión de las voces se llega a una más profunda unión de corazones; desde la belleza de lo sagrado el espíritu se eleva más fácilmente a lo invisible; en fin, toda la celebración prefigura con más claridad la liturgia santa de la nueva Jerusalén²⁶.

Por lo tanto, el fin de la música sacra no es el de *complacer* a la asamblea a través de la belleza, sino el de *disponerla* a participar intensamente en la obra salvífica de Dios, el misterio pascual. “La Iglesia no busca en ella (la liturgia solemne), ni motivos decorativos, ni pretende conmover el corazón. No se propone más que adorar y unirse al Salvador; y de esta adoración amorosa, la belleza desborda por sobreabundancia”²⁷. La idea del mero placer sensual y del *arte por el arte* son ajenas a la liturgia. La belleza, aunque parte fundamental de la música litúrgica y vía del encuentro con Dios, está siempre subordinada a la acción litúrgica.

La Iglesia distingue entre música *litúrgica* y música *religiosa*. La primera es “aquella que, creada para la celebración del culto divino, posee las cualidades de santidad y bondad de formas”²⁸. Por lo tanto, su raíz es litúrgica y eclesial. Y el “modelo soberano” de todo canto litúrgico es el canto gregoriano²⁹. Al contrario, la música religiosa es “cualquier música que, ya sea por la intención del compositor o por el tema y el propósito de la composición, es capaz de excitar sentimientos piadosos y religiosos (...); no está habilitada para el culto divino, tiene una índole más bien libre, y no está admitida en las

²² Jungmann (1949). *Missarum sollemnia*, Madrid: B.A.C., p. 238.

²³ Catecismo de la Iglesia Católica (1992). n. 1332

²⁴ Pío X (1903). *Motu proprio: Tra le sollecitudini* (TLS). Vaticano: LEV, n. 1.

²⁵ “Liturgia solemne” es aquella celebrada con la presencia de varios ministros (sacerdote, diáconos, acólitos, cantor, lector, etc.) y una mayor solemnidad exterior (incienso, canto, etc.).

²⁶ Sagrada Congregación de ritos (1967). *Instrucción Musicam sacram*. Madrid: Paulinas, n. 5.

²⁷ Maritain, Jacques (1945). *Arte y escolástica...*, p. 92.

²⁸ Sagrada Congregación de ritos (1967). *Instrucción Musicam...*, n. 4

²⁹ Pío X (1903). *Motu proprio...*, n. 3; cf. Concilio Vaticano II (1963). *Constitución sobre la Sagrada...* n. 116

acciones litúrgicas”³⁰. Es una música *inspirada* en motivos religiosos que, aunque utiliza explícitamente textos de la liturgia, no tiene una finalidad propiamente litúrgica. Sin embargo, en nuestros días, tras la reforma litúrgica posterior al Concilio Vaticano II, muchas obras de antiguo uso litúrgico han pasado al repertorio de concierto, por lo que ya no es tan evidente esta distinción. En efecto, obras de Victoria, Mozart, Schubert, etc., son raramente utilizadas en las actuales celebraciones litúrgicas, salvo contadas excepciones³¹, dando lugar a un repertorio diferente y de carácter más popular.

En síntesis, para abordar fielmente una *Missa*, es fundamental considerar que el centro es siempre el misterio pascual: el acto por el cual Dios, para salvar al mundo, asumió la humanidad hasta la muerte en la cruz. De esta manera, la música litúrgica, por su capacidad de elevar el espíritu y de crear unidad en la asamblea, es un medio efficacísimo para orientar al hombre a su fin último, Dios. En este sentido, ella es *cristoconformante*. Y, aunque una *Missa* se interprete fuera del contexto que le es propio, la liturgia, esta dimensión pascual no puede perderse de vista. Hacerlo implica no tanto resignificarla, sino más bien despojarla de su esencia más íntima, y por ende, *profanar* aquello dedicado a lo sagrado.

2.3. ¿Cuál es la estructura de la misa?

Actualmente, tras la reforma litúrgica de 1969³², la misa se articula en cuatro momentos: ritos iniciales, liturgia de la Palabra, liturgia eucarística, ritos conclusivos. Dado a que gran parte del repertorio clásico de *Missa* es previo a esta reforma litúrgica, se trabajará el Misal Romano promulgado por el Papa Pío V en 1570, tras el Concilio de Trento (1545-1563), en su última revisión, hecha por el papa Juan XXIII en 1962. En este Misal, la liturgia solemne se articula en tres partes: la misa de los catecúmenos³³, la misa de los fieles y la Comunión. A continuación, se encuentran a grandes rasgos, los diferentes ritos que las componen.

Misa de los catecúmenos:

- Procesión de entrada: el sacerdote sale de la sacristía junto a los acólitos y en procesión, se dirige hacia el altar. Mientras, la Schola cantorum entona una antifona, el *Introito*.
- Oraciones al pie del altar: antes de subir al altar, el sacerdote y los acólitos rezan responsorialmente, en voz baja.
- *Confiteor*: se reza una oración penitencial (“confieso ante Dios todopoderoso...”), primero el sacerdote y luego la asamblea.
- *Kyrie eleison*: El sacerdote sube al altar y se prepara para incensarlo. La Schola entona el *Kyrie*.
- *Gloria*: se entona el himno del *Gloria*.

³⁰ Sagrada Congregación de ritos (1958). De música sacra et sacra liturgia. Instrucción sobre Música Sacra y Sagrada Liturgia, n. 10.

³¹ Recordemos, por ejemplo, la celebración de la fiesta de San Pedro y San Pablo por Juan-Pablo II en 1986, con la música de la *Misa de coronación* de Mozart, bajo la dirección de Herbert von Karajan. Por otro lado, algunas parroquias a lo largo del mundo aún utilizan obras clásicas como parte de su repertorio litúrgico, por ejemplo, la parroquia Saint-Eugène – Sainte-Cécile en París, Francia.

³² Tras el Concilio Vaticano II de 1962, el papa Pablo VI promulga un nuevo Misal Romano en 1969, que busca simplificar los ritos y promover una mayor participación de los fieles en la celebración. Este Misal fue revisado por Juan-Pablo II en 2002.

³³ “Catecúmeno” es aquella persona que se prepara para recibir los sacramentos de la Iniciación cristiana (Bautismo, Confirmación, Primera Comunión).

- Colecta: el sacerdote reza la oración colecta, que expresa el carácter de la celebración.
- Epístola: se lee un extracto del Antiguo Testamento o de alguna epístola del Nuevo Testamento.
- Gradual, Tracto, Alleluia, o Secuencia: se canta sobre algún salmo o el misterio celebrado ese día y luego se concluye por un *Alleluia*.
- Evangelio: se lee el extracto de algún Evangelio.
- Homilía: el sacerdote explica las lecturas o el misterio celebrado ese día.
- *Credo*: todos profesan el Símbolo niceno-constantinopolitano.

Misa de los fieles:

- Ofertorio: se da comienzo al Sacrificio Eucarístico, donde el sacerdote ofrece a Dios pan y vino para que devengan el Cuerpo y la Sangre de Cristo.
- Canon Romano: es la oración central de la misa. El sacerdote reza primero el Prefacio, que concluye con el canto del *Sanctus*. Luego se realiza la consagración del pan y del vino, donde ocurre la *transubstanciación*³⁴. El sacerdote ora por los difuntos y se termina con una doxología³⁵.
- *Pater noster*: el sacerdote canta la oración del Padrenuestro y la asamblea se le une en la petición final (“Mas líbranos del mal”).
- Fracción de la Hostia: el sacerdote divide el pan consagrado en dos partes, separando el fragmento de una para mezclarlo con el Cáliz.

Comunión:

- Comunión del sacerdote: el sacerdote repite tres veces una oración de penitencia (“Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo...”), luego comulga. Se entona el *Agnus Dei*.
- Comunión de los fieles: la asamblea repite tres veces la oración de penitencia. Luego, en procesión, se acerca a los reclinatorios para comulgar.
- Purificación de los vasos sagrados: tras la Comunión, el sacerdote purifica el cáliz y sus dedos con agua y vino. Luego reza la oración de Postcomunión.
- *Ite, missa est*: el sacerdote despide a la asamblea (“Vayan, la Misa ha terminado”).
- Bendición: tras besar el altar, el sacerdote bendice a la asamblea.
- Último Evangelio: el sacerdote lee en voz baja el Prólogo del Evangelio según san Juan, mientras la asamblea entona una antífona mariana y un canto final que acompaña luego la procesión de los ministros.

El conjunto de ritos que componen la misa tiene como centro el Sacrificio Eucarístico, el momento más sagrado de la liturgia. Tanto así que, antes de comenzar el *Credo* y el Ofertorio, se despide a los catecúmenos y la misa continúa únicamente con los fieles bautizados³⁶.

Además de esta estructura, es necesario tomar en cuenta el tiempo litúrgico, es decir el ciclo anual de celebraciones litúrgicas. Para el cristianismo, el ciclo litúrgico es helicoidal: a la vez lineal (lo que corresponde al tiempo escatológico, es decir, a la historia

³⁴ “Por la consagración del pan y del vino se opera la conversión de toda la substancia del pan en la substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su Sangre; la Iglesia católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio *transubstanciación*” Concilio de Trento (1545). Definición Dogmática, DS 1642.

³⁵ “Doxología” (del griego *doxa*, “gloria” y *logos*, “palabra”) es una expresión de alabanza dirigida a Dios-Trinidad, generalmente al final de una oración o un Salmo.

³⁶ Antiguamente, se despedía a los catecúmenos con una expresión solemne, “*missa catechumenorum*”, la cual comenzó a designar, a partir del siglo XI, todo el conjunto de ritos hasta antes del Ofertorio.

de salvación que culminará con la Segunda Venida de Cristo) y cíclico (lo que corresponde al tiempo cósmico, con la sucesión de días y de noches, de estaciones, etc.). Así, la Iglesia tiene un ritmo fijo de fiestas y de solemnidades al año, pero cada año se avanza más hacia el fin de los tiempos y la consumación definitiva del Reino de Dios. A lo largo del año litúrgico se despliegan los diferentes misterios de Cristo, cuyo centro es el *Triduo Pascual*: la conmemoración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo en Semana Santa³⁷.

Los grandes momentos del ciclo litúrgico son (en orden): Adviento, Navidad, Epifanía, Cuaresma, Semana Santa, Ascensión, Pentecostés, Cristo-Rey³⁸. Adviento y Cuaresma son tiempos penitenciales, en los que se ayuna durante 40 días como preparación a grandes celebraciones litúrgicas. A ello se le agregan solemnidades marianas, siempre relacionadas con Cristo (Anunciación, Asunción, etc.), fiestas de santos y mártires (San Juan-Bautista, San José, etc.) y fiestas devocionales (Corpus Christi, Sagrado Corazón de Jesús, etc.). Por último, hay que considerar también las misas votivas, realizadas con una intención especial, las cuales no están inscritas en el calendario litúrgico. Todos estos elementos impregnan el carácter de cada celebración y orientan la interpretación de las lecturas. Así, aunque la estructura sea siempre la misma, cada celebración litúrgica es diferente, según lo que se conmemore y el tiempo litúrgico en el que se sitúe.

En lo que respecta a la música, la misa se compone de dos tipos de canto: el Ordinario y el Propio. El Ordinario de la misa contiene aquellos cantos que no varían, manteniendo el mismo texto independientemente del tiempo litúrgico: *Kyrie*, *Gloria*, *Credo*, *Sanctus*, *Agnus Dei*³⁹. Serán analizados en la sección siguiente. En cambio, el Propio de la misa contiene los cantos que pueden variar según la celebración y el tiempo litúrgico:

- Introito: antífona que acompaña la procesión de entrada de los celebrantes. Se compone de un estribillo, del versículo de un salmo y de una doxología. Por ejemplo, el Introito “*Requiem aeternam dona eis, Domine...*” (“Concédeles el descanso eterno, Señor...”), que da inicio a la misa de difuntos.
- Gradual: canto que se entona tras la primera lectura bíblica. Se compone de un canto responsorial alternado con un verso ornamentado. Por ejemplo, el gradual de Navidad *Viderunt omnes* (célebre por la musicalización de Pérotin).
- *Alleluia*: aclamación de alabanza que precede la lectura del Evangelio, anunciando que se escuchará al Señor hablar en el Evangelio. Se compone de la entonación de un *Alleluia* (del hebreo *Hallelu*, “alaben a”, *Yah*, apócope de “Yahvé”), seguido del versículo de un salmo. En tiempos penitenciales es reemplazado por un Tracto.
- Secuencia: himno poético que se entona en solemnidades antes de la lectura del Evangelio. Se estructura mediante coplas. Varias *Sequentiae* se han hecho famosas: *Dies irae* (para la misa de difuntos), *Veni, Sancte Spiritus* (para Pentecostés), *Stabat Mater* (para Nuestra Señora de los Dolores), etc.
- *Offertorium*: canto que acompaña la preparación de las ofrendas eucarísticas del pan y el vino.
- *Communio*: canto que acompaña la distribución de la Eucaristía.

³⁷ Se llama *Triduum Paschale* al período litúrgico que comprende desde la tarde del Jueves Santo hasta el Domingo de Pascua.

³⁸ Fiesta instaurada recién en 1925, por el papa Pío XI.

³⁹ Se incluyen en ocasiones, como parte del Ordinario, la antífona *Asperges me* al comienzo de la celebración, y el *Ite, missa est*, al final.

En conclusión, para abordar los cantos de una *Missa*, se deben tomar en consideración dos elementos importantes. En primer lugar, la estructura de la misa, que permite entender y situar el canto en su contexto ritual próximo. Por ejemplo, el Introito *Requiem aeternam* acompaña una procesión, exigiendo un tempo y un carácter acordes, y ello se aplica a musicalizaciones tan disímiles como la de Ockeghem y la de Berlioz. En segundo lugar, el tiempo litúrgico, que permite identificar el carácter de la celebración y la orientación de sus textos. Por ejemplo, la *Missa tempore Quadragesimae* de Michael Haydn está escrita para el tiempo de Cuaresma, y por ello no contiene el *Gloria* y tiene un carácter austero.

3. Cantos de la Missa

Una vez evocados los fundamentos del cristianismo (Encarnación, Trinidad, misterio pascual), de la liturgia (su naturaleza y estructura) y de la música litúrgica (su misión y finalidad), podemos ahora abordar los diferentes cantos que componen el Ordinario de la misa. Para cada canto, se trabajará el texto y su sentido teológico, tratando siempre de situarlo en su contexto litúrgico (siguiendo el Misal de 1962).

3.1. Kyrie

El *Kyrie* es un canto de suplicación a la misericordia divina. Se sitúa en la Misa de los catecúmenos, entre el acto penitencial (el *Confiteor*) y el *Gloria*. Forma parte del conjunto de ritos que preceden la lectura de la Biblia (Introito, oraciones al pie del altar, *Confiteor*, *Kyrie*, *Gloria*, colecta), los cuales tienen como finalidad el “hacer que los fieles reunidos en la unidad construyan la comunión y se dispongan debidamente a escuchar la Palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía”⁴⁰.

Su texto se estructura en tres partes, correspondiendo al género de la letanía (del griego *litê*, oración), que consiste en una rogativa de forma binaria: invocación que varía (*Kyrie*, *Christe*, *Kyrie*) y petición que se mantiene idéntica (*eleison*).

Tabla 1.

<i>Kyrie eleison</i>	Señor, ten piedad
<i>Christe eleison</i>	Cristo, ten piedad
<i>Kyrie eleison</i>	Señor, ten piedad

Fuente: Elaboración Propia.

Lo primero que llama la atención es la lengua del texto. Aunque la lengua de la Iglesia latina es el *latín*, con la cual se celebran todas las acciones litúrgicas⁴¹, el *Kyrie* está completamente en griego, manteniéndose intacto hasta el día de hoy. Por ello, su traducción literal no es tan sencilla. La fórmula contiene un vocativo (*Kyrie*, *Christe*), seguido de un imperativo (*eleison*). (ver Tabla 1). Pero, a diferencia del español, en griego encontramos dos formas de imperativo:

- el imperativo presente, que expresa una acción que se mantiene en el tiempo;
- el imperativo aoristo, que expresa una acción puntual.

⁴⁰ Iglesia Católica (1969). **Instrucción general del Misal Romano**. Vaticano: LEV, n. 46.

⁴¹ A partir de la reforma litúrgica de 1969 se permite celebrar la misa en lengua vernácula, para fomentar la participación de los fieles.

El imperativo “*eleison*” es aoristo, por lo que el sentido exacto de la traducción sería: “Oh Señor, ten piedad *en este momento*”. La oración se refiere entonces al momento puntual de la celebración, que prepara a los fieles para escuchar la Palabra de Dios.

Por su naturaleza de letanía, la oración se alterna entre el celebrante y la asamblea: el celebrante reza *Kyrie eleison*, y el pueblo repite *Kyrie eleison*; lo mismo con *Christe eleison* y el último *Kyrie eleison*. Sin embargo, ya en el *Ceremonial* del Papa Clemente VIII (1600), el órgano reemplazaba la respuesta del pueblo, dialogando instrumentalmente con el canto de la Schola, como puede escucharse en la *Messe des Paroisses* (1690) de François Couperin. Luego, con el desarrollo de la riqueza instrumental, el dialogo responsorial se pierde progresivamente en las composiciones, hasta desaparecer.

En lo que se refiere al sentido teológico, es un canto “con el que los fieles aclaman al Señor e imploran su misericordia”⁴². Se trata de una triple invocación dirigida a Cristo. El título “Señor” (*Kyrios*), que designa a Dios en el Antiguo Testamento, pasó a designar también a Jesucristo entre sus discípulos, ¡como lo demuestran las 718 veces que “*Kyrios*” se refiere a Jesús en el Nuevo Testamento. Por lo tanto, este canto es a la vez una *aclamación* de alabanza y una *suplicación* de misericordia dirigida al Verbo encarnado, mediador entre Dios-Padre y los hombres.

Es significativo que la celebración litúrgica comience con un llamado a la misericordia divina. La misericordia es uno de los atributos fundamentales de Dios, signo de su acción exterior. En los Evangelios, cuando se utiliza la expresión *Kyrie eleison*⁴³, siempre está referida a Cristo, quien hace acto de misericordia hacia quien le suplica (del latín *miseri-cordia*, corazón sensible a la *miseria*). Cristo encarna y personifica la misericordia divina, “Él mismo es, en cierto sentido, la misericordia”⁴⁴. En Él se encuentran la justicia y la misericordia. Por ello, la musicalización clásica del *Kyrie* no es dolorosa, sino esperanzadora: se expresa la *confianza* en la misericordia divina.

Sin embargo, podemos encontrar otra interpretación teológica. Ya desde el siglo VIII, se cantan nueve respuestas agrupadas de a tres: tres *Kyrie*, tres *Christe*, tres *Kyrie*⁴⁵. Esta triple repetición adquirió una interpretación trinitaria: en los primeros tres *Kyrie* se invoca al Padre, en los tres *Christe*, al Hijo y en los últimos tres *Kyrie*, al Espíritu Santo. Para Santo Tomás de Aquino, este canto “recuerda la miseria presente al pedir misericordia (...). Se dice tres veces contra la triple miseria de la ignorancia, de la culpa y de la pena; o también para significar que las tres Personas (divinas) están presentes la una en la otra”⁴⁶. Se trata entonces de una *suplicación* de misericordia a la Santísima Trinidad. Musicalmente, ello puede escucharse en un tropo del *Kyrie*, el *Cunctipotens genitor Deus*, que ha sido utilizado como *cantus firmus* en muchas musicalizaciones de la misa; por ejemplo, la *Messe de Notre Dame* de Guillaume de Machaut.

3.2. Gloria

El *Gloria* es un himno de alabanza a la gloria de Dios. Cantado inmediatamente después del *Kyrie*, es un canto festivo en prosa lírica que “completa la *suplicación* del *Kyrie* por una nota de acción de gracias esencial a la oración cristiana”⁴⁷. Se canta los

⁴² Iglesia Católica (1969). **Instrucción general...** n. 52

⁴³ Sagrada Biblia (2016). Mateo 9, 27; 15, 22; 17, 15; 20, 30; Marcos 10, 46; Lucas 17, 13; 18, 38.

⁴⁴ Juan-Pablo II (1980). Carta encíclica: *Dives in misericordia*, n. 2.

⁴⁵ La reforma litúrgica de 1969, en el ánimo de simplificar los ritos, reduce el número de invocaciones a seis: dos *Kyrie*, dos *Christe*, y dos *Kyrie*.

⁴⁶ Santo Tomás de Aquino (2001). **Suma teológica** Madrid: B.A.C., III Parte, Qu. 83 artículo 4

⁴⁷ Gelineau, Joseph (1962). **Chant et musique dans le culte chrétien**. París: Fleurus, p. 221.

domingos, en las fiestas y solemnidades, pero se omite durante los tiempos penitenciales de Adviento y de Cuaresma y en misas de difuntos.

El texto tiene una estructura en dos grandes partes: la primera dirigida al Padre y la segunda, a Jesucristo. A su vez, en cada parte pueden distinguirse tres secciones. (ver Tabla 2).

Tabla 2

Padre	<i>Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.</i>	Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.
	<i>Laudamus te, Benedicimus te, Adoramus te, Glorificamus te, Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam,</i>	Te alabamos, Te bendecimos, Te adoramos, Te glorificamos, Te damos gracias por tu inmensa gloria.
	<i>Domine Deus, Rex cælestis, Deus Pater omnipotens.</i>	Señor Dios, Rey de los Cielos, Dios Padre todopoderoso.
Cristo	<i>Domine Fili unigenite, Iesu Christe, Domine Deus, Agnus Dei, Filius Patris,</i>	Señor Hijo unigénito, Jesucristo, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre.
	<i>Qui tollis peccata mundi, miserere nobis; Qui tollis peccata mundi, suscipe deprecationem nostram; Qui sedes ad dexteram Patris, miserere nobis.</i>	Tú, que quitas los pecados del mundo, apiádate de nosotros. Tú, que quitas los pecados del mundo, acoge nuestra súplica. Tú, que estás sentado a la diestra del Padre, apiádate de nosotros.
	<i>Quoniam Tu solus sanctus, Tu solus Dominus, Tu solus Altissimus, Iesu Christe, Cum Sancto Spiritu in gloria Dei Patris. Amen.</i>	Porque Tú sólo eres Santo, Tú sólo Señor, Tú sólo Altísimo, Jesucristo, Con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

Fuente: Elaboración Propia.

El himno comienza con las palabras del canto de los ángeles en la noche de Navidad. Tras el nacimiento de Jesús, el Ángel del Señor se presenta a unos pastores, anunciándoles que ha nacido el Mesías y les indica cómo encontrarlo:

De pronto apareció junto al ángel una muchedumbre de la milicia celestial, que alababa a Dios, diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en los que Él se complace». Cuando los ángeles les dejaron, marchándose hacia el cielo, los pastores se decían unos a otros: «Vayamos a Belén para ver esto que ha ocurrido y que el Señor nos ha manifestado» (Lucas 2,13-15).

La Iglesia hace suyo entonces el canto de los ángeles⁴⁸.

⁴⁸ Lejos de la representación de los ángeles como tiernos niños alados, la Biblia y la Tradición de la Iglesia los consideran seres grandiosos y poderosos, cuya presencia infunde terror y veneración.

En la primera frase, *Gloria in excelsis Deo*, se alaba a Dios por su gloria. San Agustín define la gloria divina como un “conocimiento claro con alabanza”⁴⁹, se trata de un reconocimiento nítido y laudatorio de la grandeza de Dios, de su esplendor. Esta primera frase es cantada solo por el celebrante, luego la Schola y la asamblea prosiguen con el resto del himno. La segunda frase, *et in terra pax hominibus bonæ voluntatis*, se refiere a la redención de los hombres, que llega con el nacimiento del Verbo encarnado, porque “Él es nuestra paz” (Efesios 2,14).

La entrada de Cristo en el linaje humano significa realmente la glorificación de Dios y para los hombres paz, o sea el principio de la era de nuestra salvación. En este sentido se puede afirmar que el canto de los ángeles no contiene un simple deseo, sino que es también la afirmación de una realidad: desde ahora en adelante se dará honra a Dios y paz a los hombres⁵⁰.

La segunda sección del himno, atribuida a San Ambrosio de Milán (340-397), enumera una serie de verbos por los que la Iglesia ensalza la gloria de Dios-Padre: alabar, bendecir, adorar, glorificar, dar gracias. Todos estos actos pertenecen a la virtud de religión, que es la disposición estable y perfecta del hombre para honrar a Dios con “el culto que le es debido”⁵¹. A través de esta virtud, el hombre cumple su deber fundamental, que es “orientar hacia Dios su persona y su propia vida”⁵². En esta sección del *Gloria*, la Iglesia exterioriza su manera de dar culto a Dios, y lo hace con un *nosotros* (“te alabamos, te bendecimos...”). Es importante subrayar esta dimensión eclesial del himno: el canto no es sólo personal, sino comunitario. Es todo el Pueblo de Dios quien a Dios alaba, bendice, adora, glorifica y agradece por su Gloria; incluso si la asamblea no canta exteriormente. La última frase, *Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam*, expresa que la acción de gracias se debe a la obra salvífica, al misterio pascual. Por ello, ritualmente, en esa frase se inclina la cabeza hacia la cruz del altar, y musicalmente, se la distingue del resto.

La tercera sección se compone de una serie de nombres asociados a Dios-Padre: *Domine Deus, Rex cælestis, Deus Pater omnipotens*. Estos nombres apelan al gobierno de Dios por sobre todas las cosas, alabando su grandeza.

Sin ninguna transición, prosigue la segunda parte del himno, que enumera ahora nombres asociados al Hijo: *Domine Fili unigenite, Iesu Christe, Domine Deus, Agnus Dei, Filius Patris*. A menudo se confunden ambas secciones en las musicalizaciones y no se distingue la diferencia entre los nombres del Padre y los del Hijo, pero es necesario distinguirlas teológicamente. Ambas secciones comienzan por *Domine* (Kyrios, Señor), con lo cual se subraya la consubstancialidad entre Padre e Hijo. El primer nombre (“Hijo unigénito”), el tercero (“Señor Dios”) y el último (“Hijo del Padre”), insisten sobre la naturaleza divina de Cristo como segunda Persona de la Santísima Trinidad; en cambio, el segundo (“Jesucristo”) y el cuarto (“Cordero de Dios”) insisten sobre su naturaleza humana y su obra salvífica.

La segunda sección consiste en tres suplicas a Cristo en forma de letanía. Así, encontramos tres invocaciones: *Qui tollis peccata mundi* (x2); *Qui sedes ad dexteram Patris*; y tres peticiones que recuerdan al Kyrie: *miserere nobis; suscipe deprecationem nostram; miserere nobis*. Se implora misericordia a Cristo en la gloria. Musicalmente, los compositores separan esta sección del resto del *Gloria*, ya sea con una gran cadencia antes

⁴⁹ San Agustín (s.f.). *Contra Maximinum*, II, 13.

⁵⁰ Jungmann, Josef (1949). *Missarum...* p. 452.

⁵¹ Santo Tomás de Aquino (2001). II parte-II^{ae}, Qu. 81 artículo 2

⁵² Pío XII (1947). Carta encíclica: *Mediator Dei*, n. 18.

de comenzar las suplicas (como en la *Missa Papae Marcelli* de Palestrina), o cambiando completamente el carácter (como en la *Missa Solemnis* de Beethoven).

La última sección del himno consiste en una aclamación de alabanza (*Quoniam Tu solus sanctus, Tu solus Dominus, Tu solus Altissimus, Iesu Christe*), seguida de una doxología trinitaria (*Cum Sancto Spiritu in gloria Dei Patris*). Ligada a la sección anterior, estas aclamaciones a Cristo dan razón de por qué se acude a Él: sólo Él puede acoger nuestras súplicas *porque (quoniam)* sólo Él es Santo, Señor y Altísimo. En efecto, “uno solo es Dios y uno solo también el mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre, que se entregó a sí mismo en redención por todos” (1 Timoteo 2,5-6). Toda otra intercesión no es sino una participación a la única y superabundante mediación de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Por otro lado, la doxología final hace referencia a la glorificación de Cristo por el Padre: “Ahora, Padre, glorifícame Tú a tu lado con la gloria que tuve junto a Ti antes de que el mundo existiera” (Juan 17,5), la cual tiene lugar en su Muerte y Resurrección. En esta Gloria está siempre presente el Espíritu Santo, tercera Persona de la Trinidad, que es quien conduce a la Iglesia a dar Gloria a Dios (Romanos 8,15; 1 Corintios 12,3). Se concluye todo por un *Amen*, que significa “Así sea”.

El himno del *Gloria* tiene entonces un trasfondo trinitario: se dirige al Padre y al Hijo, en el Espíritu Santo. Y en su estructura se sintetiza la dinámica de la salvación:

Dios Padre y Cristo son los dos pilares del orden cristiano del universo: Dios Padre, como principio y fin de todas las cosas, al que buscan en último término todas nuestras oraciones, toda nuestra ansia de felicidad, y Cristo, como el camino hacia este fin, necesario, según el libre beneplácito divino, para todos los que buscan de veras a Dios⁵³.

En cuanto a su lugar en la liturgia, Santo Tomás comenta que este canto “recuerda la gloria celestial, a la cual estamos destinados después de la presente miseria, diciendo: *Gloria a Dios en el cielo*”⁵⁴. Junto al *Kyrie*, el *Gloria* dispone a la asamblea a escuchar la Palabra de Dios proclamada en la Epístola y el Evangelio. Ambos cantos están estrechamente unidos: el *Kyrie* recuerda nuestra miseria, nuestra pequeñez frente a Dios, y el *Gloria*, recuerda nuestro destino, la participación de la gloria divina.

3.3. Credo

El *Credo*, o *Símbolo de fe*, tiene lugar justo después de la homilía, concluyendo la Misa de los catecúmenos, y antes del Ofertorio, en el que se da comienzo al Sacrificio Eucarístico. Consiste en una confesión comunitaria de la fe de la Iglesia.

El Símbolo o Profesión de Fe, se orienta a que todo el pueblo reunido responda a la Palabra de Dios anunciada en las lecturas de la Sagrada Escritura y explicada por la homilía. Y para que sea proclamado como regla de fe, mediante una fórmula aprobada para el uso litúrgico, que recuerde, confiese y manifieste los grandes misterios de la fe, antes de comenzar su celebración en la Eucaristía⁵⁵.

El *Credo* manifiesta no sólo la síntesis de lo que cree la Iglesia, sino también su opción fundamental frente al misterio revelado. No olvidemos que la fe es ante todo un *don de Dios*, que el hombre es libre de aceptar o rechazar personalmente: es “la respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela”⁵⁶. Pero esta fe es siempre eclesial,

⁵³ Jungmann, Joseph (1949). *Missarum sollemnia...*, p. 451.

⁵⁴ Santo Tomás de Aquino (2001). *Suma teológica...*, III Parte, Qu. 83 artículo. 4

⁵⁵ Iglesia Católica (1969). *Instrucción general...*, n. 67

⁵⁶ Catecismo de la Iglesia Católica (1992), n. 166

pues, por medio de la Iglesia recibimos la fe, y es ella quien la sostiene: “la fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe”⁵⁷.

El texto tradicional del *Credo* es el *Símbolo niceno-constantinopolitano*, que une y adapta las actas de los Concilios de Nicea (325) y de Constantinopla (381) en un solo texto. ¿Qué es un *Símbolo de fe*? Es una fórmula breve y normativa que expresa lo esencial de la fe cristiana. De profunda estructura trinitaria, el *Símbolo de Nicea-Constantinopla* se divide en tres partes: “primero habla de la primera Persona divina y de la obra admirable de la creación; a continuación, de la segunda Persona divina y del Misterio de la Redención de los hombres; finalmente, de la tercera Persona divina, fuente y principio de nuestra santificación”⁵⁸. A su vez, estas partes se subdividen en artículos, que corresponden a fórmulas breves que expresan las realidades que se han de creer. (ver Tabla 3).

Tabla 3

Padre	<i>Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem, Factorem caeli et terrae, visibilium omnium et invisibilium.</i>	Creo en un solo Dios, Padre omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible e invisible.
Hijo	<i>Et in unum Dominum Iesum Christum, Filium Dei unigenitum. Et ex Patre natum ante omnia saecula. Deum de Deo, Lumen de Lumine, Deum verum de Deo vero. Genitum, non factum, consubstantialem Patri: per quem omnia facta sunt.</i>	Y en un solo Señor, Jesucristo, Hijo unigénito de Dios. Y nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Engendrado, no creado, consubstancial al Padre: por quien todas las cosas fueron hechas.
	<i>Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis. Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine et homo factus est. Crucifixus etiam pro nobis sub Pontio Pilato, passus et sepultus est. Et resurrexit tertia die secundum Scripturas. Et ascendit in caelum, sedet ad dexteram Patris. Et iterum venturus est cum gloria, iudicare vivos et mortuos; cuius regni non erit finis.</i>	El cual, por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó de los cielos. Y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María Virgen, y se hizo hombre. Crucificado también por nosotros, bajo el poder de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado. Y resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras. Y subió al cielo, está sentado a la diestra del Padre. Y otra vez ha de venir con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos; y su Reino no tendrá fin.
Espíritu Santo	<i>Et in Spíritum Sanctum, Dominum et vivificantem, qui ex Patre Filioque procedit. Qui cum Patre et Filio simul adoratur et conglorificatur, qui locutus est per Prophetas.</i>	Y en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, el cual procede del Padre y del Hijo. Quien, con el Padre y el Hijo, juntamente es adorado y glorificado; el cual habló por los Profetas.

⁵⁷ Catecismo de la Iglesia Católica (1992), n. 181

⁵⁸ Catecismo de la Iglesia Católica (1992), n. 190

<i>Et unam sanctam catholicam et apostolicam Ecclesiam.</i> <i>Confiteor unum Baptisma in remissionem peccatorum.</i> <i>Et expecto resurrectionem mortuorum.</i> <i>Et vitam venturi saeculi.</i>	Y en la Iglesia, que es Una, Santa, católica y Apostólica. Confieso un solo Bautismo para el perdón de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos. Y la vida del mundo venidero.
<i>Amen.</i>	Amén.

Fuente: Elaboración Propia.

La palabra “Credo” significa literalmente “yo creo”. Y “quien dice «Yo creo», dice «Yo me adhiero a lo que nosotros creemos»”⁵⁹. Esta es la palabra clave de todo el *Símbolo*, pues une las tres grandes partes: “Yo *creo* en un solo Dios, Padre...Y en un solo Señor, Jesucristo...Y en el Espíritu Santo...”. Mozart lo explicita musicalmente en su *Misa en do*, K. 257, repitiendo, casi como un *leitmotiv*, la palabra “credo” antes de cada artículo de fe.

La primera parte del *Símbolo* se refiere a Dios-Padre. Al decir “*Credo in unum Deum*”, la Iglesia afirma su estricto monoteísmo, que continúa la confesión de fe de Israel: “Escucha, Israel; Yahvé, tu Dios, es único” (Deuteronomio 6,4). Esta unidad de Dios da la clave para entender el misterio trinitario: *un* Dios en tres Personas divinas. Luego, a Dios se le atribuyen tres predicados: Padre, omnipotente y creador.

La segunda parte se refiere al Hijo. Primero se habla del misterio de la Persona de Jesucristo, insistiendo en su divinidad: Cristo es “Hijo unigénito de Dios”, por lo tanto, “consustancial al Padre”⁶⁰. Luego se habla de su obra salvífica: su Encarnación, Muerte en la cruz, Resurrección, Ascensión, y su próxima Segunda Venida en la gloria. Ritualmente, al momento de decir “*Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine et homo factus est*”, toda la asamblea se pone de rodillas en profunda adoración. He aquí el núcleo del *Credo*: “el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1,14). Musicalmente, los compositores lo ponen de relieve a través del silencio.

La tercera parte se refiere al *Espíritu Santo*. Primero se habla de la Persona del Espíritu, que “con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria”. Así como el Padre es creador y el Hijo, redentor, el Espíritu es “vivificador”, es decir, santificador. Luego, el *Credo* “resume los frutos que nos han venido por la obra de la redención”⁶¹ y que están profundamente ligados al Espíritu. Primero, la Iglesia, que, vivificada y conducida por el Espíritu, “es una, santa, católica y apostólica en su identidad profunda y última”⁶². Segundo, el Bautismo, que es “el primero y principal sacramento para el perdón de los pecados: nos une a Cristo muerto y resucitado y nos da el Espíritu Santo”⁶³. Tercero, la resurrección de los muertos en el último día. Finalmente, la vida del mundo futuro, la bienaventuranza, objeto de la esperanza cristiana.

Por último, “el «Amén» final del Credo recoge y confirma su primera palabra: «Creo». Creer es decir «Amén» a las palabras, a las promesas, a los mandamientos de Dios, es fiarse totalmente de Él, que es el Amén de amor infinito y de perfecta fidelidad”⁶⁴.

⁵⁹ Catecismo de la Iglesia Católica (1992), n. 185

⁶⁰ De la misma substancia, o naturaleza, divina.

⁶¹ Jungmann, Josef (1949). *Missarum sollemnia...*, p. 590.

⁶² Catecismo de la Iglesia Católica (1992), n. 865

⁶³ Catecismo de la Iglesia Católica (1992), n. 985

⁶⁴ Catecismo de la Iglesia Católica (1992), n. 1064

El *Credo* finaliza la parte de la misa dedicada a la Palabra de Dios. Por este canto “el pueblo manifiesta su asentimiento a la doctrina de Cristo por la fe”⁶⁵. Es, por lo tanto, un acto de fe *eclesial*.

3.4. Sanctus

El *Sanctus* es un himno de alabanza. Se inserta en la primera parte del Canon Romano, momento en el que se realiza la consagración del pan y del vino para que devengan el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Está por lo tanto en “el centro y la cumbre de toda la celebración”⁶⁶.

Para comprender el sentido litúrgico de este canto, es necesario evocar la estructura del Canon Romano:

- Prefacio: el sacerdote invita a los fieles a elevar el espíritu.
- *Sanctus*: todos cantan un himno de alabanza a Dios.
- *Te igitur*: el sacerdote pide a Dios-Padre que reciba y bendiga los dones ofrecidos.
- Memento de vivos y de los santos: se recuerda a aquellos por quienes se ofrece el sacrificio y a los bienaventurados.
- Consagración: diciendo las palabras de Cristo al momento de instituir la Eucaristía, el sacerdote realiza la consagración primero del pan y luego del vino, lo que da lugar a la transubstanciación.
- Memento de los muertos: se recuerda a los difuntos.
- Doxología final: el sacerdote aclama “Por él, con Él y en Él, a Ti, Dios Padre omnipotente, en unión con el Espíritu Santo, todo honor y gloria por los siglos de los siglos”. La asamblea responde “Amén”.

El *Sanctus* va precedido por el diálogo del Prefacio, donde el sacerdote dice “levantemos los corazones” y la asamblea responde “los tenemos levantados hacia el Señor”. Levantar el corazón significa orientar toda la persona hacia Dios. Al terminar el *Sanctus*, el sacerdote reza todo el resto del Canon en voz baja, casi imperceptiblemente⁶⁷. Se entra entonces en un gran silencio sagrado, donde los fieles caen de rodillas en profundo recogimiento. En el momento de la Consagración, el sacerdote eleva unos instantes el Cuerpo de Cristo, para que los fieles puedan adorarlo, y lo mismo con la Sangre de Cristo. Este silencio se termina con el “...*per omnia saecula saeculorum*” de la doxología final.

Es importante tener en cuenta este contexto ritual, pues, al majestuoso canto de alabanza le sigue un profundo silencio, en el cual se realiza la acción más sagrada para la Iglesia: el Sacrificio Eucarístico. Y el silencio es el lugar privilegiado del encuentro con Dios.

Respecto al texto del *Sanctus*, podemos identificar dos partes: el *Sanctus* y el *Benedictus* (ver Tabla 4).

⁶⁵ Santo Tomás de Aquino (2001). *Suma teológica...*, III Parte, Qu 83 artículo. 4

⁶⁶ Iglesia Católica (1969). *Instrucción general...*, n. 78

⁶⁷ A partir de la reforma litúrgica de 1969, las palabras del Canon (llamado ahora *Plegaria eucarística*) se rezan en voz alta.

Tabla 4

<i>Sanctus, Sanctus, Sanctus.</i> <i>Dominus Deus Sabaoth.</i> <i>Pleni sunt cæli et terra gloria tua.</i> <i>Hosanna in excelsis.</i>	Santo, Santo, Santo. Señor, Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. Hosanna en las alturas.
<i>Benedictus qui venit in nomine Domini.</i> <i>Hosanna in excelsis.</i>	Bendito el que viene en el nombre del Señor. Hosanna en las alturas.

Fuente: Elaboración Propia.

El texto tiene raíces bíblicas. El comienzo proviene de una visión del Profeta Isaías:

El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado en un Trono excelso y elevado. El vuelo de su manto llenaba el Templo. Unos serafines se mantenían por encima de él. Cada uno tenía seis alas: con dos se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Clamaban entre sí diciendo: «Santo, santo, santo, Yahveh Sabaoth: llena está toda la tierra de su gloria» (Isaías 6,1-3).

La Iglesia canta las aclamaciones de los serafines, las criaturas angélicas más próximas a Dios, que alaban la santidad de Dios. Pero, mientras en el *Gloria*, la Iglesia hacía suyo el canto de los ángeles, en el *Sanctus*, la Iglesia terrestre se une a ellos. Esto se pone de manifiesto en las palabras del Prefacio que preceden al *Sanctus*:

En verdad es digno y justo, equitativo y saludable, darte gracias en todo tiempo y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios omnipotente, eterno: Por Cristo nuestro Señor. Por quien alaban a tu majestad los Ángeles, adoran las Dominaciones, tiemblan las Potestades. Los cielos y las Virtudes de los cielos y los bienaventurados Serafines la celebran con mutua exultación. Con los cuales, te suplicamos, admitas también nuestras voces, que exclaman con humilde alabanza: *Sanctus, sanctus...*⁶⁸

De este modo, quien canta es la Iglesia entera: el cielo y la tierra. De hecho, la palabra hebrea *Sabaoth* “no se refiere únicamente a las multitudes de ángeles, sino a todo el ejército de los seres que Dios creó en la obra de los seis días”⁶⁹. Se canta entonces la soberanía universal de Dios sobre todas las cosas.

Esta triple aclamación laudatoria se encuentra también en el libro del Apocalipsis, cantada por los bienaventurados que rodean el Trono de Dios (Apocalipsis 4,8). El Apocalipsis describe la Liturgia celeste, es decir, aquella liturgia definitiva celebrada perpetuamente por Cristo en la gloria junto a los santos y ángeles. En la liturgia terrena, aquella celebrada por la Iglesia que peregrina en este mundo, “pregustamos y tomamos parte en aquella Liturgia celestial”⁷⁰. Entonces, a través del *Sanctus* se manifiesta plenamente esta participación de la Iglesia terrena en la Liturgia celeste.

El resto del texto del *Sanctus* proviene del Evangelio, del episodio en que Jesús entra a Jerusalén montado en un asno el Domingo de Ramos:

Una gran multitud extendió sus propios mantos por el camino; otros cortaban ramas de árboles y las echaban por el camino. Las multitudes que iban delante de él y las que seguían detrás gritaban diciendo: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» (Mateo 21,8-9).

⁶⁸ Iglesia Católica (1969). **Instrucción general...**, Prefacio común.

⁶⁹ Jungmann, Josef (1949). **Missarum sollemnia...**, p. 787.

⁷⁰ Concilio Vaticano II (1963). **Constitución sobre...**, n. 8

Las multitudes gritaban jubilosas *Hosanna in excelsis*, reconociendo en Jesús al Mesías esperado por Israel. En la liturgia, la Iglesia se une a sus voces. Y esta aclamación (del hebreo *hoshia 'na'*, “sálvanos”) enlaza el *Sanctus* y el *Benedictus* en una sola unidad. Por otro lado, la proclamación *Benedictus qui venit in nomine Domine* (Salmos 117, 26) se refiere a Cristo, que dijo “Yo he venido en nombre de mi Padre” (Juan 5,43). La Iglesia aclama entonces la venida del Hijo de Dios, que se ha hecho uno de nosotros.

En cuanto al sentido teológico de este canto, Santo Tomás lo refiere todo a Cristo: “una vez terminado el prefacio, el pueblo alaba devotamente tanto la divinidad de Cristo, diciendo con los ángeles: *Santo, santo, santo*, como su humanidad, cantando con las multitudes: *Bendito el que viene*”⁷¹. El *Sanctus* alabaría entonces la naturaleza divina de Cristo, y el *Benedictus*, su naturaleza humana. Esto concuerda con el contexto litúrgico que enmarca el *Sanctus*, el Canon Romano. En efecto, se alaba a aquel *que viene*, al Verbo encarnado que se hace real y verdaderamente presente en el sacramento de la Eucaristía. No obstante, la primera parte del canto admite también una interpretación trinitaria. En efecto, cada una de las tres aclamaciones “sanctus” puede ser referida a una Persona divina: Santo el Padre, Santo el Hijo, Santo el Espíritu Santo.

Musicalmente, los compositores han tendido a separar el *Sanctus* del *Benedictus* en dos piezas distintas, con una repetición final del *Hosanna in excelsis*. El *Sanctus* asume un carácter majestuoso, mientras que el *Benedictus*, más íntimo (a pesar de ser también una proclamación laudatoria). ¿Cómo no escuchar en ellos una alabanza primero a la divinidad de Cristo y luego a su humanidad? Pero, litúrgica y teológicamente, se deben pensar siempre como una unidad.

3.5. Agnus Dei

El *Agnus Dei* es un canto de suplicación que acompaña un rito, la fracción del Pan. Se inserta en la tercera parte de la misa, la Comunión, que es cuando se consume el sacramento de la Eucaristía. Situado entre la oración del Padrenuestro y la comunión del sacerdote, la función de este canto es preparar a la asamblea para recibir el Cuerpo de Cristo. Como comenta Santo Tomás, el pueblo es preparado, “primero, por la oración común de todo el pueblo, que es el Padrenuestro, en la que pedimos que *nos dé nuestro pan de cada día* (...). Segundo, se le prepara al pueblo con la paz, que se le da cuando se dice el *Cordero de Dios*. Este sacramento (la Eucaristía) es, efectivamente, sacramento de unidad y de paz”⁷².

El texto tiene forma de letanía, es decir, es una invocación seguida de una petición (ver Tabla 5).

Tabla 5

<i>Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis</i>	Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros
<i>Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis</i>	Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros
<i>Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem</i>	Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos la paz

Fuente: Elaboración Propia.

⁷¹ Santo Tomás de Aquino (2001). *Suma teológica...*, III Parte, Qu. 83 artículo 4

⁷² Santo Tomás de Aquino (2001). *Suma teológica...*, III Parte, Qu. 83 artículo 4

“Cordero de Dios” se refiere a Cristo. Así lo designó Juan-Bautista cuando Jesús se le acercó en el río Jordán:

Al día siguiente (Juan-Bautista) vio a Jesús venir hacia él y dijo: «Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Éste es de quien yo dije: Después de mí viene un hombre que ha sido antepuesto a mí, porque existía antes que yo. Yo no le conocía, pero he venido a bautizar en agua para que él sea manifestado a Israel» (Juan 1, 29-31).

Este nombre hace referencia al cordero pascual que debían comer en familia los israelitas para conmemorar el Éxodo de la tierra de Egipto (Éxodo 12). Este cordero debía ser “sin defecto” (Éxodo 12, 5) y al inmolarlo no se le quebraría “ningún hueso” (Éxodo 12, 46). Pero, este cordero es *prefiguración* del Cordero pascual definitivo, “Cristo, nuestra Pascua” (1 Corintios 5, 7). En el Éxodo, Dios libera a Israel del yugo de Egipto; pero en Cristo, se produce el Éxodo definitivo, pues el hombre es liberado del yugo del pecado. En Cristo se cumple la profecía de Isaías: “como cordero llevado al matadero, y, como oveja muda ante sus esquiladores, no abrió la boca” (Isaías 53, 7). Jesús, libre de pecado y dócil como un cordero, escogió el tiempo de Pascua para celebrar su última Cena con sus Apóstoles (Lucas 22, 7); muere “alrededor de la hora nona” (Mateo 27, 46), hora en la que se sacrificaban los corderos pascuales en el Templo; y en la Cruz, se mantuvieron intactos todos sus huesos (Juan 19, 36). Cristo encarna entonces el nuevo sacrificio pascual.

En la liturgia, el “Cordero de Dios” es Cristo presente en la Eucaristía, sacramento que hace presente el sacrificio de la cruz. Esta identificación se explicita antes de la comunión de los fieles, cuando el sacerdote eleva la sagrada Hostia y aclama: “He aquí el Cordero de Dios: he aquí el que quita los pecados del mundo”. Se trata de Cristo en su Pasión, como redentor. Por lo tanto, “la invocación «Cordero de Dios» no designa simplemente a Cristo, sino que le caracteriza como víctima, presente en la Eucaristía”⁷³. Esto contrasta con la referencia al *Agnus Dei* en las suplicas del *Gloria*, donde su sentido es más bien triunfante que sacrificial. Por otro lado, el vínculo entre sacrificio y comida, presente ya en la pascua judía, se realiza plenamente en la Eucaristía, que es “verdadera comida” (Juan 6, 55), aquella que “permanece para vida eterna” (Juan 6, 27), consumida sacramentalmente en la liturgia. Respecto al sentido de *qui tollis peccata mundi*, el papa Francisco comenta:

El verbo que se traduce con «quita» (*tollis*) significa literalmente «aliviar», «tomar sobre sí». Jesús vino al mundo con una misión precisa: liberarlo de la esclavitud del pecado, cargando sobre sí las culpas de la humanidad. ¿De qué modo? Amando. No hay otro modo de vencer el mal y el pecado si no es con el amor que impulsa al don de la propia vida por los demás⁷⁴.

Y este amor se manifiesta plenamente en la Cruz. En este canto, la Iglesia suplica a Cristo presente en medio de ella. Por ello repite dos veces *miserere nobis*. Pero, debido a la tercera petición, *dona nobis pacem*, todo el *Agnus* podría interpretarse como una gran súplica de paz al “Príncipe de la paz” (Isaías 9, 5). Ya en el *Gloria*, veíamos cómo Cristo es aquel que trae la “paz a los hombres” (Lucas 2, 14). ¿Qué es la paz? “La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden. Y el orden es la distribución de los seres iguales y diversos, asignándole a cada uno su lugar”⁷⁵. La paz implica entonces que todo está ordenado al fin que le es propio. Pero, aunque es posible una cierta paz en la tierra, “la

⁷³ Jungmann, Josef (1949). *Missarum sollemnia...*, p. 1035.

⁷⁴ Francisco (2014) Ángelus, domingo 19 de enero de 2014.

⁷⁵ San Agustín (1966) *Ciudad de Dios*, México D.F.: Porrúa, 13

verdadera paz consiste en el goce perfecto del bien sumo, que unifica y aquietta todos los apetitos”⁷⁶: Dios. Por ello la paz es un *don de Dios* (Juan 14, 27) y no un esfuerzo humano: hay que pedirla. El sentido de las palabras del *Agnus* podría formularse así: “Cristo, redentor del mundo, compadécete de nosotros y danos la paz”. Y esta paz nos es anticipada con la Eucaristía, *sacramento de la paz*.

Ritualmente, cada petición conlleva un golpe en el pecho, como el publicano que, “manteniéndose a distancia (del Templo), no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: «¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!» (Lucas 18, 13).

Con el *Agnus Dei* miramos hacia el que, siendo pastor, se convirtió en cordero por nosotros y, como cordero, cargó con nuestros pecados; de modo que es justo golpear el pecho en este momento y recordarnos, también de forma corporal, que sus hombros cargaron con nuestras culpas, que «con sus heridas hemos sido curados»⁷⁷.

Finalmente, por su forma de letanía y por dirigirse a Cristo, el *Agnus* recuerda al *Kyrie*. Mozart lo ilustra magistralmente en su *Misa de coronación*, K. 317, al utilizar el mismo tema musical tanto en el *Kyrie* como en el *Dona nobis pacem* final. Pero el sentido entre ambos cantos difiere: mientras el *Kyrie* es un canto penitencial que prepara para recibir la Palabra de Dios, el *Agnus* es un canto de paz que prepara para recibir la Eucaristía. Preparan para recibir a Dios, pero bajo dos modos distintos de estar presente, en la Palabra y en la Eucaristía. Por otro lado, el vínculo con la redención impregna las diversas musicalizaciones del *Agnus*, que en general asumen un carácter doliente.

Conclusión

Llegados al final de esta guía, la idea que debe retener el lector es: lo que funda y sostiene toda musicalización de una misa es su *identidad católica* y su *arraigamiento en la acción litúrgica*.

Identidad católica porque, como se advirtió en la primera parte, la *Missa* es expresión de la fe de la Iglesia. En ella se transluce el misterio de la Encarnación: Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre. En ella se manifiesta el misterio de la Trinidad: nos dirigimos *al* Padre, *por* el Hijo, *en* el Espíritu Santo, sabiendo que, en su naturaleza más íntima, Dios es Amor. Y en ella se celebra el misterio pascual, que nos abrió las puertas a la beatitud. La *Missa* es entonces una respuesta de fe, esperanza y amor al amor de Dios.

Arraigamiento en la liturgia porque, como se señaló en la segunda parte, la *Missa* forma parte constitutiva de la liturgia solemne, en la que se continúa la obra salvífica de Cristo: el misterio pascual. Por ella, el Pueblo de Dios se asocia más plenamente a la acción de Dios desplegada en la celebración, cuyo culmen es el sacramento de la Eucaristía. La *Missa* no es entonces una obra de arte compuesta para complacer a un público, sino un *modo* de celebrar ciertos ritos de la liturgia, teniendo como fin principal: la gloria de Dios y la santificación de los fieles. Ella es cristoconformante y conduce hacia la Eucaristía.

En definitiva, la *Missa* nace de la fe y su motor vital es el misterio pascual. Sin estos elementos fundamentales, se empobrece o se tergiversa su interpretación. No obstante, cabe preguntarse, ¿eran conscientes los compositores de todo lo que acabamos

⁷⁶ Santo Tomás de Aquino (2001). *Suma teológica...*, II Parte-II^{ae}, Qu. 29 artículo 3

⁷⁷ Ratzinger (2000). *El espíritu de la liturgia...*, p. 232.

de estudiar? De manera especulativa, probablemente no; pero sí *intuitivamente*, pues los ritos impregnan el intelecto. Pero ello es tema para otro artículo...

Evocados ya los fundamentos teológicos de toda musicalización de la misa, es ahora deber del músico integrarlos a su interpretación musical, independientemente de si ha recibido el don de la fe o no. Así, esperamos que esta guía pueda servirle para abordar una *Missa* –ya sea Palestrina, Mozart, o Bruckner– de manera más fiel al espíritu que la anima.

Bibliografía

Catecismo de la Iglesia Católica (1992). <https://es.slideshare.net/slideshow/1997-0815-ssioannespaulusiiccatechismuscatholicaeecclesiae/46643548#1>

Concilio de Calcedonia (451). Definición Dogmática. Denzinger-Schönmetzer: DS 302.

Concilio de Trento (1545). Definición Dogmática. Denzinger-Schönmetzer: DS 1642

Concilio Vaticano I (1870). Constitución dogmática *Dei Filius*, c. 2

Concilio Vaticano II (1963). **Constitución sobre la Sagrada Liturgia**. Vaticano: LEV.

Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium (1964).

https://adoremus.org.translate.google/1964/11/lumengentium/?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc

Couperin, François (1714). *Leçons de ténèbres*.

Francisco (2014) Ángelus, domingo 19 de enero de 2014.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2014/documents/papa-francesco_angelus_20140119.html

Gelineau, Joseph (1962). **Chant et musique dans le culte chrétien**. París: Fleurus.

Iglesia Católica (1969). **Instrucción general del Misal Romano**. Vaticano: LEV.

Juan-Pablo II (1980). Carta encíclica: *Dives in misericordia*.
https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30111980_dives-in-misericordia.html

Juan Pablo II (1988). Carta apostólica *Vicesimus quintus annus*.
https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1988/documents/hf_jp-ii_apl_19881204_vicesimus-quintus-annus.html

Jungmann, Josef (1949). **Missarum Sollemnia**. Madrid: B.A.C.

Maritain, Jacques (1945). **Arte y escolástica**. Buenos Aires: Espiga de oro.

Monteverdi, Claudio (1610). *Vespro della Beata Vergine*.

Pío X (1903). **Motu proprio: Tra le sollecitudini**.

https://www.vatican.va/content/pius-x/es/motu_proprio/documents/hf_p-x_motu-proprio_19031122_sollecitudini.html

Pío XII (1947). Carta encíclica: Mediator Dei.

Ratzinger, Joseph (2000). **El Espíritu de la liturgia: Una introducción**. Madrid: Ediciones Cristiandad.

Sagrada Biblia (2016). Pamplona: Eunsas.

Sagrada Congregación de Ritos (1967). **Instrucción Musicam sacram**. Madrid: Paulinas.

<https://www.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/45872/1/208553.pdf>

Sagrada Congregación de ritos (1958). De música sacra et sacra liturgia.

https://adoremus-org.translate.googleusercontent.com/1958/09/instruction-on-sacred-music/?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc

San Agustín (2010). *Confesiones*. Madrid: Gredos.

San Agustín (1966) **Ciudad de Dios**, México D.F: Porrúa.

San Agustín (s.f.). **Contra Maximinum**, II, 13.

https://www.augustinus.it/spagnolo/contro_massimino/contro_massimino_2.htm

Santo Tomás de Aquino (2001). **Suma teológica**. Madrid: B.A.C.



Esta obra está bajo una licencia internacional.
Atribución/Reconocimiento-NoComercial 4.0